



TIPOS POPULARES

EL BARRENDERO



Con buen fin y mano dura
juro que no he de parar
hasta lograr aventar
lejos de aquí esta basura.

Y no voy a dejar ni
su recuerdo en esta vida
como yo haga la barrida....
si no me barren a mí,

Director: ARTURO GIMENEZ PASTOR

TIPOS POPULARES

EL BARRENDERO

AÑO III
Nº 140
Noviembre 1º de 1896

chut

PRECIOS-SUSCRICION

MONTEVIDEO-DEPARTAMENTOS

Un mes	\$ 1,00
Seis meses	" 5,00
Un año	" 9,00

EXTERIOR

Los mismos precios en moneda equiva-
lente con el aumento del franqueo.

Número corriente 30 centesimos + Número atrasado 40 centesimos

EN VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS
SE PUBLICA LOS DOMINGOS.

Oficinas: CALLE URUGUAY, 301
MONTEVIDEO.

SUMARIO

TEXTO.—«De todos los santos», «Enigmas», por Luis de Ansoarena.—«Pataplum!», «Página de 1.º de Noviembre, Fragmentos del Tenorio», «El eterno aburrido», por Sinesio Delgado.—«Las confesiones: I. La de Pantaleón», «Escena doméstica» por José Estremera.—«Run-Run», «Teatros», «El libreto de la ópera», por Eduardo de Palacio.—«Pasatiempo».

GRABADOS.—«Tipos populares, El Barrendero», por Wimplaine II.—«Página del 1.º de Noviembre», viñetas de Ferrant, Perca, G. Plá y Huertas.—«El cacoc», por Wimplaine II, y varios intercalados en el texto por A. Giménez.



EL SANTO DE TODOS LOS DIAS

De todos los santos

Es de figurarse el jolgorio que habrá hoy allá arriba en el cielo. ¡Todos los santos de fiesta, ahí es nada!

Es llegar el 1.º de Noviembre y sucede siempre lo mismo.

Al amanecer ya empieza Santa Bárbara, encargada de la pirotécnica a anunciar el comienzo de la fiesta con cada bomba capaz de asesinar fulminantemente a cualquiera menos sensible que Cabral. Entre tanto, San Juan Bautista, que es aficionado a los juegos con agua, se entretiene en despertar a San Roque mojóndole el perro, y a San Pedro echándole chorritos por la nuca, mientras Santa Cecilia, patrona de la música, anda a la pesca de todos los Sambucettis é *Irigóyenes* celestes, y San Pascual Bailón ensaya un zapateado de aquellos que hacen bailar solos los pies. La alegría llega al buen momento con la aparición de Santo Domingo, que, como es natural, es el más festivo de todos los santos y se trae del brazo a San Graciano, encargado de decir gracias y chascarrillos para que rían los santos. En agradables entretenimientos se pasa la mañana, y gracias a San Crispín, que hizo a los compañeros unos botines celestiales, las danzas se ejecutan con exquisita comodidad y San Pedro llega tarde a abrir con sus llaves el apetito a los invitados; la apertura se ha verificado espontáneamente, y San Antonio, que es *gourmet*, ha asomado más de dos veces la nariz por la repostería, donde San Aniceto prepara un anisete como no se ve todos los días, mientras Santo Tomás y Santo Tomé hacen una salsa de tomates de chuparse los dedos, y San Ambrosio una ambrosía para postre de que él sólo posee la receta.

Antes de sentarse a la mesa San Pedro reclama la presencia de San Canuto, por si hay que soplar alguno por un *idem* y se replica a Santa María Magdalena que no concurra a la fiesta para evitar llantos y gimoteos. Esto hecho, San Urbano, encargado de la etiqueta, efectúa con incomparable cortesía las presentaciones, y durante el almuerzo reina la mayor animación y la más franca hilaridad gracias a San Hilario que se desvive por lograrlo. Se comenta la expulsión de San Marciano arrojado de allí por San Severo, que invocó razones de dignidad, y llegada la noche entra en escena Santa Rosa, la del temporal, encargada de los fuegos artificiales, que presenta una combinación de relámpagos arborescentes, en zig-zag, quebrados y ondulantes que no hay más que ver, todo amenizado con una de centellas y truenos que dejan con la boca abierta y los oídos tapados a los concurrentes.

Finalmente, se despiden todos felicitando a Santa Lucía por lo lucida que ha resultado la festividad y se retiran haciendo alegres comentarios sobre los sucesos del día y tomando para la broma a los Santos Inocentes, que no entienden de la misa la media, y gozan con San Cándido como si aquello no les tocara, mientras San Silvestre declara fran-

camente que se ha aburrido como un postre en aquella sociedad que no entra en sus gustos. Por lo que hace a aquí abajo, es de suponerse que lo pasaran muy contentos Sansevé, Sanquirico y Santos Arribio.

Aunque no siempre hay que creer al calendario, porque donde dice ayuno, leen algunos chorizos con tocino y en días en que marca Verano, viene una racha lo pone a uno tísico.

Así, el año pasado, en este día de la festividad de todos los santos, en que a uno le parece debieran reinar por entero en el mundo, fui yo a visitar a una familia.

—¡Hola! ¿Cómo están por acá?—pregunté.—¿Y don Clorindo?

—Se le han perdido ocho reales... Ahí está.

—¿Orando a todos los santos?

—No; dado a todos los demonios!

Enigmas

I

—No, doctor, de ningún modo; respeto su inteligencia, pero creo que la ciencia debiera explicarlo todo....

—Va de la verdad en pos, más sólo en parte la alcanza.... Cuando a lo imposible avanza, la envuelve en la sombra Dios.

—Pero... ¿qué explica?—Bastante; su grandeza es bien notoria: de la línea divisoria del sabio y el ignorante, pone al espíritu en calma, adormece la tristeza y suaviza la aspereza de los abismos del alma. ¿Qué más la puedes pedir?

—Resultados más completos: la clave de unos secretos que no acierta a definir.

Años y años pasó usted en la enojosa tarea de penetrar con la idea muneos que el vulgo no vé. ¡La partida ha sido ruda!... Y, al final de la partida, yo pregunto: ¿Qué es la vida?

—Y usted no contesta... y duda. Pues poco vale esa ciencia que se afana en cultivar, cuando no me puede dar la razón de mi existencia.

—Algo dice.—Casi nada; después de haberlo escuchado, ni yo quedo sosegado,

ni la duda disipada. Grandes son sus pretensiones, y en tal confusión se abisma, que me varea un sofisma la mejor de sus razones. —Esa pregunta... —Jamás debe quedar sin respuesta.... ¿Qué es la vida?... ¿No contesta?... ¿Pues qué puede saber más?

II

Te hallo más alegre.—Sí; estoy loco de alegría desde aquel dichoso día en que respuestha me di a una pregunta que a usted difícil le pareció... La ciencia no me explicó lo que sin ella entendi... Y hoy, sin ser esto un agravio a sus justas pretensiones, puedo darle a usted lecciones con la experiencia de un sabio. —¿Cómo llegaste a entender lo que otros nunca supieron? —¡Ah, doctor! ¡Me lo dijeron los ojos de una mujer! Cuando ella los puso en mí, por la pasión conmovida... comprendi lo que es la vida... ¡supe para qué nací!... Mire, pues, la consecuencia de mis estudios, doctor: ¡La vida está en el amor!... Dígaselo usted a la ciencia.

III

—¿Por qué tu frente fruncida? .. ¿Sufres?—Sí... ¡Porque la suerte ante mí puso la muerte con el disfraz de la vida!...

LUIS DE ANSORENA.

¡PATAPLUM!

Finalmente acabó eso de la Cámara. El señor Flores parecía tener cuerda para ocho días como los relojes Ingraham baratos, y eso de estar oyendo ocho días verdades doña demasado a los señores diputados mansos para que pudieran aguantarlo.

Pero aquello concluyó como baile de negros. El señor Flores parecía una máquina de hablar perfeccionada, y sus colegas que tienen horror a la palabra padecían como diablo a quien se muestra la cruz.

Lo que dió por resultado que se impacientaran y ducidieran hacerlo callar por cualquier medio, siempre que fuera sin hablar.

Como la parte sensible de sus organismos es el estómago, por aquello de que «el ladrón cree que todos son de su condición» se les ocurrió sitiario por hambre, seguros de que a tal necesidad nadie resiste. Pero el resultado fué contraproducente, porque el orador, presa de voracidad cruel se dispuso a comerselos diputados a falta de otra cosa. Y por poco se traga a Ríos Giménez, que, al fin es tierno, provocando la intervención del señor Lacueva que oficiaba de sobresaliente; luego tiró un mordisco a las orejas del señor Baycé, y un doloroso tarascón a la pierna insuficiente del señor Segundo.

Este, que, naturalmente, no puede marchar derecho, la emprendió con la barra (primer caso que se da en la historia parlamentaria) y la barra lo llamó a él de cuanto hay, incluso cojo y pícaro.

Mientras tanto el señor Flores abandonaba la sala indignado, ya aquí fué la gorda. Apenar hubo salido, les vino a los diputados que ante él maldito si se habían acordado de que tenían lengua, una furiosa coñez de hablar, poseídos de patriótica y fulminante indignación.

El señor Gallinal, excitado, contraída su afligida faz de Dolorosa con barba, tuvo un incidente con otro diputado y hubieran venido a las manos si la intervención de algunos no hace que las manos vayan a las copas. El señor Cardoso Carvalho que aquel día no había podido efectuar su endémica visita al Ministerio de Gobierno, estaba desesperado y gritaba que le quitaran de enfrente al señor Flores porque iba a hacer alguna bar



Don Juan Tenorio

FRAGMENTOS

— ¡Inés de mi corazón!
 — Yo mi alma he dado por tí,
 Y Dios te otorga por mí
 Tu dudosa salvación.
 Misterio es, que en comprensión
 No cabe de criatura,
 Y sólo en vida má pura
 Los justos comprenderán
 Que el amor salvó á don Juan
 Al pié de la sepultura.
 Cesad cantos funerales;
 Callad, mortuorias campanas;
 Ocupad, sombras livianas,
 Vuestras urnas sepulcrales;
 Volved á los pedestales,
 Animadas esculturas;
 Y las celestes venturas
 En que los justos están,
 Empiecen para don Juan
 En las mismas sepulturas.



Lucía — Dadme algún tiempo, pardiez.
 D. Juan — A las diez.
 Lucía — ¿Dónde os busco ó vos á mí?
 D. Juan — Aquí.
 Lucía — ¿Con qué estareis puntual, eh?
 D. Juan — Estaré.
 Lucía — Pues yo una llave os traeré.
 D. Juan — Y yo otra igual cantidad.

Lucía — No me falseis. — No en verdad:
 D. Juan — A las diez aqui estaré.
 Lucía — Adiós, pues, y en mí te fia.
 D. Juan — Y en mí el garboso galán.
 Lucía — Adiós, pues, franca Lucía.
 D. Juan — Adiós, pues, rico don Juan.

ACTO II.—ESCENA XI



(Lee)— ¡Inés, alma de mi alma,
 Perpetuo imán de mi vida,
 Perla sin concha, escondida
 Entre las algas del mar;
 Garza que nunca del nido
 Tender osastes el vuelo
 El diáfano azul del cielo
 Para aprender á cruzar.

Si es que á través de esos muros
 El mundo apenas miras,
 Y por el mundo suspiras,
 De libertad con afán,
 Acuérdate que al pie mismo
 De esos muros que te guardan,
 Para salvarte te aguardan
 Los brazos de tu don Juan. »

ACTO III.—ESCENA III

Por donde quiera que fui
 La razón atropellé,
 La virtud escarnecí,
 A la justicia burlé,
 Y á las mujeres vendí.
 Yo á las cabañas bajé,
 Yo á los palacios subí,
 Yo los claustros escalé,
 Y en todas partes dejé
 Memoria amarga de mí.
 Ni reconocí sagrado,
 Ni hubo razón ni lugar

Por mi audacia respetado,
 Ni en distinguir me he parado
 Al clérigo del seglar.
 A quien quise provoqué,
 Con quien quise me batí,
 Y nunca consideré
 Que pudo matarme á mí
 Aquel á quien yo maté.
 A esto don Juan se arrojó,
 Y escrito en este papel
 Está cuanto conseguí;
 Y lo que él aqui escribió,
 Sostenido está por él.

EL CUCO

Carta a Carretas



Wm. Plaine II

Juan— ¡Ahí está!
 Monsieur— ¡Oui; il est ici!
 Juan— ¡Caracho, Angel, es muy feo!
 Federico— ¡Qué si es feo! Ya lo creo.
 Angel— ¡Y qué se te importa a ti! Buenas bolsas te defendieron y luego que el temor hue...



Juan— con el armamento belga, á estar á los que lo entienden. Ni debajo de la tierra las tengo todas conmigo...
 Monsieur— *Laisses a moi, el de la Guerra, que el fantasma no me pasma. (Con voz tonante, al fantasma) ¡Qué es que voulez vous, amigo!*

baridad; y nadie dudaba de que fuera capaz de hacerla de cualquier calibre. Felizmente el señor Flores estaba en su casa hacia largo rato. El señor Bachini trataba de «canalla» al señor Turenne; el señor Turenne trataba de «zonzo» al señor Bachini; la barra los trataba de zánganos á todos, y hasta el señor Costa Gutierrez dejaba ver irritada su lánguida cara de potrillo romántico, decidido á retrucar al señor Flores ausente.

En fin; que aquello acabó como pelea de lavanderas; parecía que el retiro del señor Flores les había quitado la tranca de la lengua, y algunos querían que hablara hasta don Cloromiro.

Entre insultos é inectivas de lo grueso pudo finalmente hacerse oír la campanilla del Presidente, á la una de la mañana, ordenando que se levantara la sesión.

Lo cuál era una tontería, porque á tal hora, lo lógico hubiera sido ordenar que se acostara.

Y así la fiesta lector terminó en confusión tal. Y ahora, si ello estuvo mal... otra vez estará peor.

El eterno aburrido

Yo nací en un portal, no tuve nombre, me eduqué en el Hospicio, fui soldado; hubo guerra civil en el Estado y caí peleando como un hombre.

Me enterraron de noche, con misterio, con otros como yo, pura morralla, y á todos nos sirvió de cementerio el mismísimo campo de batalla.

Como fui bueno en vida, contaba con un fallo absolutorio; pero mi cuenta resultó fallida, y *salté* condenado al purgatorio.

El jugador estuvo en su derecho; porque envidié á los otros sus mujeres, sus madres, sus familias, sus placeres... todo muy natural, ¡pero mal hecho!

Y aquí estoy extinguiendo mi condena. El día de Difuntos, cuando suena el toque de oraciones misterioso que va á repercutir en lo profundo, pueden las almas visitar el mundo con permiso especial de Dios piadoso.

Unos vuelven á entrar en sus hogares para ver si conservan en su memoria, otros van recorriendo los lugares que recuerdan detalles de su historia; éste busca á su novia y la saluda cuando la habla tal vez otro sujeto; aquél lleva el objeto

de encargar cuatro misas á su viuda... Pero á mí no me importan un comino el enemigo que me hirió en la guerra, y mi pueblo, y mi casa y mi vecino, y mi historia, y mis padres, y mi tierra, y, como es natural, me canso pronto de andar por el espacio como un tonto, y retorno á retorno á mi cárcel el primero, con gradísimo asombro del portero.

Por lo cual, este año me decido á tomar un partido:

Vayan al mundo los que tengan algo que ver ó recordar entre la gente... ¿Qué suena el toque de ánimas? Corriente ¡qué toquen lo que quieran! Yo no salgo.

SINESIO DELGADO.

Las confesiones

La Razón las ha puesto de moda, obligando á unos cuantos caballeros á decir unas cuantas agudezas ó unas cuantas tonterías, que de todo hay, como en botica, y nosotros no hemos de ser menos que el colega y he ahí que nos decidimos á poner ante ustedes unos cuantos corazones inocentes (como los que La Razón ha mostrado) abiertos de par en par como un riñón partido.

Ante todo, tratándose de pájinas del corazón, recurrimos, como es natural, al blanco Pantaleón, á Pantaleón el dulce, el tranquilo, el feliz, inocente como una cordera educada en el convento, de alma blanca como una baldosa de mármol.

El gran Pantaleón quiso resistirse á mostrar los tesoros de su músculo cándido; él es modesto y tímido, aparte de que temía que se riesen los amigos que lo creen medio pesado.

Le dijimos que Rousseau también había dado al mundo sus *Confesiones*; no quería creer, porque, según dijo, bien sabía él que Rousseau era más liberal que Melián Lafinur y Rulletti, pero al fin convino en que si Rousseau lo había hecho, no había razón para que se negara él, aun que esto le afectaba, porque es corto, y le hace daño

pues tiene el alma enferma de tanto amar.

Nos dió pues finalmente su confesión, y aquí vá.

Pero para encabezarla, como *entré* saladita y sabrosa, ha de ir una de las cáusticas siluetas de *Jack the ripper*, que le viene como anillo al dedo, sin más inconveniente que la posibilidad á dar pavora al pánico Pantaleón, firmada con tan feroz pseudónimo.

Y se levanta el telón para dar paso á

PANTALEÓN

(CAMAFEO ROMANO)

Desplante colosal y palidez mortal.

A causa de una bomba que reventó á su lado, ha contraído una enfermedad al corazón.

Es amigo de Julio y de don Juan: comulga con sinceridad en ambos altares. Entre Julio y don Juan parece una hermosa hermana de caridad.

Y ahora mucha atención!

CONFESIÓN DE PANTALEÓN

P.—¿Qué color y qué perfume prefere Vd.?—El color de la pálida azucena y el perfume de la ternera frita. Soy romántico, pero soy *gourmet*.

¿Qué flor le parece más bella?—«Las flores del muerto» de Granada (ya que á él le gustan los bombitos...) Y las flores cordiales cuando estoy algo resfriado.

¿Qué animal prefere Vd.?—Las palomitas blancas. ¿Qué color prefere Vd. en los cabellos y en los ojos?—

Un rubio en sus ojos de azul como cielo me brinda consuelo, amor ideal.

Un lindo moreno me muestra en su boca la dulce, la loca pasión terrenal.

Si dejo al moreno de fijo enfermaba, si al rubio abandono me muero, y ¡adios!

Mi pecho vacila elije, amor mío, ¿Qué elija? Ya elijo ¡Y elijo á los dos!

(Canción romántica ¡ay! de otros tiempos!)

¿Cuál es la virtud más estimable?—La castidad.

¿Que vicio detesta Vd. más?—(Rubor mudo.)

¿Cuál es su ocupación favorita?—La contemplación, el ensueño!

¿Qué edad tiene Vd.?—¡Veinte años en el alma! En el cuerpo, veintiocho crecidos.

¿Qué nombre habría elegido Vd.?—Arnoldo. Pero ¡ay! me pusieron Pantaleón! Julio me dice *Leoncito*... ¡es tan bueno!

¿Cuál ha sido el momento más bello de su vida?—Cuando me vi tan crecido y con estas barbas.

¿Cuál el más terrible?—Cuando reventó la bomba á mi lado. ¡Ay! qué momento más horrible!

¿Cuál es el héroe novelesco que más admira?—Siebel el de *Fausto*, porque es dulce y galante.

¿Y el que más admira en la vida real?—A los pruebistas que disparan un cañón en el hombro sin asustarse.

¿Qué país preferiría Vd. habitar?—El nuestro, caramba! Se vive muy cómodo aquí.

¿Qué escritor prefere Vd.?—Me parece que Luis, el de «La Nación», no es malo.

¿Qué pintor?—El que pintó las bolas de oro en lo de *Sentuberry*.

¿Qué músico?—Cualquiera. Soy amateur y el ruido no me incomoda.

¿Qué divisa elegiría Vd. si tuviera que elegir una?—Yo no soy fuerte en redacciones ni plumeros. Le diré á Julio que me haga una en verso.

Escriba Vd. un pensamiento propio ó uno ajeno que le parezca aceptable.—Yo no tengo pensamientos propios, pero... allá vá: «El hombre, es el animal más mejor de la Naturaleza».

PANTALEÓN.

Escena doméstica

—¿Se puede entrar?

—Adelante.

—Buenos días.

—Buenos días.

¿Qué desea usted?

—Yo vengo...

Me han dicho que necesita usted muchachacha...

—Sí. ¿Quién

la manda á usted?

—Una amiga

que sirve aquí en la otra casa, en casa del prestamista.

—Siéntese usted.

—Con permiso.

—¿Su nombre de usted?

—Francisca,

pero que me llaman Paca, por mal nombre, desde niña.

—¿Cuántos años tiene usted?

—Pues... no sé la cuenta fija; pero han de ser diez y siete, ó veintisiete... Se olvida una... ¡Como cuando nace es una tan chiquitita!...

—¿De dónde es usted?

—De un pueblo

que le llaman Voceguillas,

lega y media de Septilveda.

Allí tengo la familia.

—¿Su estado de usted?

—Muy bueno;

yo no he tenido en mi vida

ni un mal dolor de cabeza.

—No eso lo que quería

decir. Si es usted casada.

—Soltera, para servirla,

por el momento; no sé

si mañana ú otro día...

—Pero ¿ya tendrá usted novio?

—Sí, señora, señorita.

Es un chico muy decente.

militar, él, de la quinta

del segundo de Cazadores.

Ya vé usted, entodavía

no hace un mes que nos hablamos,

y aunque ya llevo corridas

siete casas desde entónces...

—¡Vamos!

—No hay nadie que diga,

con verdad, que él ha faltado

en nada malo ni pizca.

—Bueno, ¿y qué sabe usted hacer?

—Yo... ¡para qué he de mentirla!

Sé de todo.

—Eso me gusta.

¿Cose usted?

—En ropa fina...

no, señora, la verdad;

no como más que la mía.

—¿Y planchar?

—¡Ay! No, señora,

planchar no; se necesita

sudar mucho; y yo no puedo.

—(Pero ¿qué sabrá esta chica?)

¿Y labores?

—Eso sí...

—¡Ya!

—Eso sí que no podría.

¿Como no me han enseñado!

—¡Está claro! ¿Y de cocinar?

—De cocinar, sí, señora...

Vamos, que si se origina

hacer chocolate, ó sopas

de aceite, ó una tortilla...

—¡Vamos!

—¡O unos huevos fritos...

Ahora de repostería

y así de guisos de fonda

no sé hacer nada.

—Pues, hija,

¿sabe usted bastante! ¿Y cuánto

gana usted?

—Pues... yo entraría

para todo.

—¿Para todo?

—Si es que no hay mucha familia.

Yo he ganado siete pesos;

por ocho me quedaría,

si voy á la compra.

—No.

—Entonces diez.

—Pues querida,

no me sirve usted.

—Lo siento.

—No es usted lo que quería.

—Bien, pues no hay nada perdido.

Y usted dispense.

—No se moleste, (¿Qué niña!)
salir.

—Adiós.

—Buenos días.

JOSÉ ESTREMEIRA.

Run - run

Chist! Mucho sigilo
mucha precaución
que ya se prepara
la conspiración.

Ya hemos tenido semana de rumores, para seguir la costumbre periódica.

Nosotros cada tanto tiempo tenemos rumores; siempre sobre lo mismo, es verdad, pero en cambio siempre iguales.

La mayor parte de las veces los hace correr el Gobierno para hacer correr á la gente incómoda, ó para que no se ocupen de él. Esto mismo lo hizo Alcibiades con su perro hace muchísimos años, cortándole la cola, lo cual demuestra que los pueblos siguen tan estúpidos como hace muchísimos años.

Nosotros, en el interés de dar á conocer detalles, salimos á enterarnos de lo que hubiera en sustancia y hablamos de ello con cuanto bicho viviente se nos presentó por delante, para seguir la costumbre.

—¿Y qué tal? ¿Que se cuenta?

—Todo, menos dinero.

—Parece que se habla de revolución...

—¡Ah, sí!

—¿Pero hay algo de cierto?

—Yo creo que sí. Lo que se dice...

—¿Qué se dice?

—Yo no sé... el caso es que dicen que vá á tronar gordo y que tal y que cual y que esto y que lo otro y que lo de más allá y que el Gobierno así y que los blancos así, y que sí y que no y que patatín y que patatán.

—Hombre; pues los detalles son precisos.

—Eh... en estas cosas nunca hay nada claro.

—Ya se vé.

—No; todavía no se vé; pero ya se verá.

Se lo preguntaré á Fulano, que suele estar en estas cosas, dice uno para su capote, y aborda á Fulano.

—Hola, ¿qué tal?

—Ahí vamos.

—¿Qué se dice de revolución?

—¡Ah, caramba! Parece que las papas queman.

—¿Sí? ¿Qué hay?

—Eh... Nadie sabe, á punto fijo; pero dicen que todo está pronto y que cualquier día estalla la cosa y que esto y lo otro, y que se yo, que los blancos están prontos, y que el Gobierno sabe, y que sí y que no, y que es seguro, y que la policía, y que se yo! y que patatín y que patatán.

Como se vé, la cosa debe ser cierta, porque todos están contestes y dan las noticias sin mayores variaciones.

Y si la policía está enterada de todo esto, ya puede obrar sobre seguro, porque no cabe duda de que todo eso es cierto.

—Ya lo creo, me decía un tercero á quién interrogué. La cosa es segura.

—Pero ¿qué hay de cierto?

—Yo no sé, pero se habla mucho. Parece que la gente está cansada y que ya no aguanta. El caso es que don Juan está con un cerote de todos los diablos, y que los blancos esto, y que los colorados, aquello, y que el diablo á cuatro, y que...

—Sí, ¡y que patatín y que patatán!

Yo no sé si conesto me dí un corte de bien enterado, pero es seguro que el interlocutor me creyó adelantado de noticias.

Hay quien asegura que la revolución estallará el quince del que empieza, á plazo fijo, como los remates, lo que no deja de ser una novedad.

Como se estreme un tanto la cosa, dentro de poco va á procederse enviando como aviso una comunicación al Presidente de la República, concebida así más ó menos:

«Señor Presidente de la República: Por la presente tenemos el gusto de participar á usted que el día tal, á las 12 y 17 minutos de la noche, si el tiempo no lo impide, vamos á echarle á usted abajo, porque nos revienta su gobierno y en este caso preferimos reventarlo á usted.

Saluda atentamente — El Comité revolucionario.»

Así no podrán quejarse los gobernantes de que se asusta á la familia, ni de que se conspira traidoramente.

Y generalizando más, puesto que estas cosas que antes se preparaban en el mayor misterio ahora se anuncian como la Emulsión de Scott y los Grán-

los anticatarrales, llegará el caso de que un ciudadano honesto y viudo reciba una esquelá como la que vá:

«Muy señor mío: Por la presente le participo que el próximo lunes, Dios mediante, cuando esté usted ocupado en comer los rábanos de costumbre, voy á tener el gusto de darle una puñalada en el vientre que le eche todos los rábanos afuera en retribución de la muelas picada; que hizo usted saltar á mi tío, en un momento de brutal ferocidad. Su sangriento enemigo Fulano de Tal...»

Este evitará la molestia de las sorpresas que le alteran á uno la digestión.

Y el amo de casa podrá decir á la señora al salir:

—Mira, Salvadora. Tenme preparada comida para cuando vuelva.

—Pero hombre, dirá ella; si acabas de comer como un animal!

—Sí, como un búfalo con lombrices, pero es que ahora va á echarme un bárbaro vengativo todo el alimento fuera; me ha mandado avisar que está decidido á abrirme de una cuchillada la boca del estómago, como para que quede boquiabierto por un semestre. Con que figurate tú el apetito que traeré con dos bocas abiertas en vez de una!

Fin de siglo en absoluto; esto no lo negarán ustedes.

En cuanto á nuestro asunto, el de los rumores, voy á darles en secreto las noticias más importantes y aceptadas, las que han puesto en alarma al Gobierno, á la Policía, á Nebel, y á cuanto sér humano tiene oídos inclusos Sanquirico y Crodara.

—Se dice que está muy próximo el estallido: cuestión de días; y que vá á haber y á acontecer, y que las papas queman, que los blancos se muestran reservados, que los colorados están pálidos, que el Ministro de Fomento se ha vestido de negro, y que esto, y que lo otro, y que de esta vez vá, y que hay miedo, y que así y que así, y que patatín y que patatán.

Con que quedan ustedes avisados.

TEATROS



QUI ESTÁ DON JUAN TENORIO PARA QUIEN QUIERA ALGO DE ÉL

Siempre bien equipado, ciñendo el airoso talle acuchillado jubón, atrevidamente caído á un lado el birrete sobre que duerme rendida la blanca pluma, rizada como pestañas de hermosa; la mano en el puño de la tizona de retorcidos gavilanes, el bigote levantado, la mirada audaz, insolente la sonrisa, á la evocación de Noviembre acude Don Juan Tenorio, arrogante y enamorado, ostentando ricas preesas y gallarda apostura.

En sus labios vaga el verso castellano, y como el primer día, se apresta á decir de llegada, quizá influenciado por la novedad del suelo americano, donde son ya exóticos sus gregüescos y sus calzas de seda:

¿No es verdad ángel de amor que esta apartada orilla, más pura la luna brilla y se respira mejor?

¡Adelante, gentil caballero! Bien venido seas, tú

que sabes los secretos del ritmo sonoro, tú, á cuya presencia renacen viejos recuerdos, las rondas de Sevilla, las aventuras de callejuela, las dueñas de negras tocas, los escuderos traviosos, las niñas oprimidas y las rejas cinceladas: toda la bizarra altivez española. Adelante, tú, que resucitas atrevido cuando la campana vibra con el toque de ánimas, siempre joven, siempre galante, siempre valiente! ¡Adelante, gallardo Mejía, adelante dulce Inés. Venid, venid, severo comendador, traviesa Lucía, vivaracho Ciutti, hábil Brigida, venid todos, sobrevivientes inmortales de una edad muerta, que todos amamos porque encarnais las caballerescas arrogancias de la edad de oro de nuestra raza!

«Cual gritan esos malditos!
Pero mal rayo me parta,
si en concluyendo esta carta
no pagan caros sus gritos!»

¿Qué murmuráis, quisquilloso don Juan?

Si es que se ha levantado el telón y os aclaman vuestros amigos, vuestros admiradores de hace quince años!

Y no es pare menos ¡vive Dios! Que muchos de ellos os vieron niños y hoy son ya calvos, mientras vos seguís como si tal vuestra triunfal carrera, siempre castaña la peinada cabellera, siempre delgado el talle, siempre fuerte el brazo.

¡Oh dueños del verso! Una vez más decid esos viejos ovillejos del 2.º acto que hicieron nuestras delicias cuando niños, una vez más hacednos oír esa sentida invocación del 5.º acto que nos encantaba cuando adolescentes, una vez más ese fantástico final que nos entristecerá cuando viejos!

Adelante, blanco comendador; tu sitio te aguarda
«y los muros más espesos
se abren á tu paso»

entra!
El impio convite del eterno burlador te espera en día de ánimas; ¡en tu día!

Al teatro, pues todos, que don Don Juan sólo resucita por un día,

«y la musa castellana
dormirá desde mañana
en su misma sepultura.»

Allá todos, que el rico «Don Juan Tenorio» ha dicho á quien lo reclama:

«á las ocho allí estaré!»



Detalle del viaje



EL PISISTRATO URUGUAYO

CUENTO BATURRO, por GASCÓN



—¿Con qué se murió tu abuelo?
—Sí, señora.
—¿Lo qué semos en el mundo! ¡Pa que veas! ¡Pa que veas! ¿Y te dejó alguna cosa?
—Unos anteojos.
—¡Pa que veas, hija, pa que veas!



El libreto de la ópera

—¡El libreto de la ópera en español! pregonan unos.
—¡El libreto de la ópera en castellano! vocean los más instruiditos entre los chicos propagandistas de argumentos de ópera que se sitúan en las puertas del teatro todas las noches, y particularmente cuando hay estreno ó cuando hay «reestreno», como decimos ahora.
El argumento de la ópera en castellano es un auxiliar oportuno para el profano que no entiende la dulcísima y aún acaramelada lengua de Dante, Petrarca, Tasso y Crispi... e la Comare.
Con el argumento en una mano y unos gemelos de campo en la otra, puede disfrutar un ciudadano aficionado á la música, desde el paraíso, lo que no es decible.
Llega á sospechar la época de la acción dramática, á saber el nombre que lleva la tiple, á descubrir la pasión de ella y del tenor, los celos del barítono, la insignificancia del bajo subterráneo, todo, menos la letra de la ópera.
Casi todas ellas tienen el mismo argumento.
Y los libretos traducidos, el mismo castellano.
Allá va un modelo:

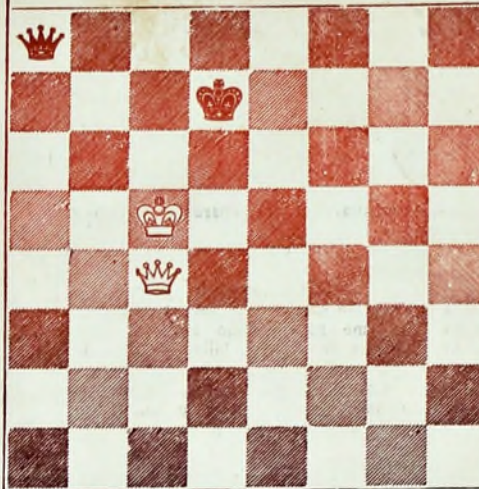
ACTO PRIMERO

Rosina de Kuperberghen es una preciosa hija del señor de Kuperberghen y duque de lo mismo, el cual se mira en su hija como en una huérfana, porque la joven carece de madre á la sazón.
Se celebra en la aldea de Kuperberghen la fiesta anual; feria y romería, fuegos artificiales, corridas de toros y de bicicletas.
Rosina acude con su padre.
Va vestida de blanco, en señal de limpieza moral y material. El duque la acompaña.
Los aldeanos vitorean á los señores y les cantan un coro alusivo.
Rosina cae de rodillas conmovida al ver salir el sol, y canta unas peteneras muy sentidas.
El duque también se conmueve, pero menos.
Edmundo, que es un joven bello y gentil, y sin

Final de partida núm. I

COMPUESTO POR MR. MENDHEIM

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y ganan en 4 jugadas

oficio ni un real que pueda decir que es suyo, ve á Rosina y se enamora de pronto.
El duque sospecha algo y desnuda el acero.
Pero Rosina se interpone y evita una esaburición.
Suplica, después del terceto, que guarde el estoque el duque, y éste obedece.
Edmundo se retira, pero cantando coplas alusivas á Rosina para que rabie el duque.

ACTO SEGUNDO

Los aldeanos acuden á la quinta ó á la sexta del duque para felicitarle por su nombramiento de alcalde de barrio.
El cariñoso duque prepara á su niña para recibir al conde de Cabritilla, que ha de ser su esposo.
Ella, que se siente inculada de amor por Edmundo, llora una romanza, y se retuerce las manos y se mesa los cabellos.
El noble cuanto tiránico padre, va al encuentro del conde, y Rosina queda sola poniendo el grito en el cielo.
En esto aparece Edmundo, se juran amor eterno y se abrazan en el *allegro*, y aún aproximan los picos recíprocamente para terminar el duo en un solo *trío*.
Pero sorprendidos por el conde, que ha llegado por otro camino del que ha seguido su futuro suegro, tira de la espada y se arranca á matar á Edmundo.
Rosina lanza un grito, y cae en brazos del vago cuanto simpático joven.
Se presenta el duque en escena seguido de sus hombres de guerra y del pueblo, que siempre va detrás del amo.
Concertante y captura de Edmundo, á quien arrancan el cuerpo de Rosina.

ACTO TERCERO

El joven, detenido en un calabozo del castillo de Kuperberghen, llama á voces en sus soledades á Rosina.



«Vieni in meco, la mia cara...»

Pero nadie atiende las quejas del infortunado Edmundo.
El joven llora como un Magdaleno.
De repente entra en el calabozo acompañado por algunos guerreros del tiempo, el conde de Cabritilla.



Duo y coro de ambos sexos.
El generoso conde va á insultar á Edmundo y á exigirle que olvide á Rosina.
Edmundo se niega, y aún da el do de pecho, si puede.
Entonces el conde lucha generosamente, auxiliado por los suyos, contra el prisionero, quien vende cara su vida y cae gritando:

«¡Libertá! ¡Libertá!»

Como *Los Paritanos*, pero indefenso é inocente como un cordero.
En aquel momento el coro murmura una plegaria á voces solas, y la orquesta preludia un canto del país.

Rosina aparece en la prisión, gritando de salida:

«¿Dove il mio Edmundo está?
¿Dove il mio amatto?»

El amante, con el estertor, balbucea:

«¡Ah! Vederte, Rosina, e poi morire.»

Al tiempo que el conde repite más de cuarenta veces:

«¡Ecco el misero amante!»

Rosina se arrodilla sin vergüenza al lado del moribundo y le acaricia; el conde y su séquito murmuran, como es natural.

Entra el duque y quiere estrangular á su niña.
Pero ésta aprovecha un descuido de su padre, le arrebató un puñal que lleva en el cinto, y se da la puntilla.

Cae sobre el cuerpo de su amado, y ambos tamudean algunos *couplets* revolviéndose en el suelo, y después mueren al mismo tiempo.
Los circunstancias se aterrorizan.

Imitación, por

EDUARDO DE PALACIO.

(Dibujos de Melitón González.)

JEROGLÍFICO

